

José Miguel MARTÍNEZ CARRIÓN, *Historia económica de la Región de Murcia. Siglos XIX y XX*. Editora Regional de Murcia, Murcia, 2002, 598 pp.

Investigar las raíces de la diferenciación económica regional ha sido una preocupación constante de nuestros economistas más originales desde el siglo XVIII. En la centuria ilustrada, Campomanes ya instó a las Sociedades Económicas de Amigos del País a estudiar «la historia económica de la Provincia» con «particular atención», entre otras cosas para reducir los desequilibrios económicos espaciales. Esta cuestión sigue preocupando a los cultivadores del análisis económico regional en la actualidad, como no podía ser de otra manera desde que en 1984 el Fondo de Compensación Interterritorial obligó a las autonomías a elaborar Planes de Desarrollo Regional para homologar su contabilidad regional y beneficiarse de las ayudas del Fondo Europeo de Desarrollo Regional y luego de las concedidas a las Zonas de Promoción Económica que se establecieron en la nueva política regional de la UE a partir de 1988.

Estimulada por ese contexto, la historia económica regional en España ha entrado en los últimos años en un proceso de convergencia (y competencia) con la economía aplicada al abordar el crecimiento y las desigualdades regionales. Convergencia por la utilización de las mismas herramientas teóricas y estadísticas y el acercamiento al presente, uno de los aciertos más claros de la excelente y enciclopédica monografía de Martínez Carrión sobre la evolución de la economía de Murcia en los dos últimos siglos. Y competencia (monopolista) por la diferenciación del producto, representado con toda dignidad en esta obra en la que se vincula explícitamente la labor del historiador de la economía a la economía aplicada (pág. 26), y cuyos principales activos son el análisis a largo plazo, el énfasis en factores de crecimiento frecuentemente marginados (recursos naturales), la preocupación por los costes sociales y ambientales del desarrollo económico, la atención a las cuestiones demográficas, al cambio institucional y a las desigualdades espaciales, sociales y de género, la riqueza de detalles e información empírica (si he contado bien, el libro contiene 96 cuadros, 105 figuras y 12 mapas), y la precisión en la crítica de fuentes.

El objetivo de esta síntesis e interpretación crítica es estudiar «la evolución de la economía murciana en el contexto de la historia económica de las regiones españolas y de las regiones mediterráneas» (pág. 23). Para ello se apela implícitamente al marco teórico de la historia total vilariana, desplegada en una cronología que abarca la historia contemporánea, pero que queda amplia y felizmente desbordada en las dos partes en que se divide el trabajo (estructuras y coyunturas). Esta aproximación dual plantea, no obstante, algunos problemas de coherencia interna.

En efecto, la primera parte de la obra, «Los factores del crecimiento. Las estructuras» (págs. 33-203), hubiera sido mejor plantearla a la Kuznets: los factores del crecimiento y el proceso de cambio estructural. Los capítulos 7 («La renta y la riqueza») y 8

(«El bienestar y la calidad de vida») quedarían entonces mejor situados al inicio de la obra, previa depuración en el 7 de los asuntos relacionados con el cambio estructural y la especialización productiva o la eficiencia y la productividad (que son respectivamente cambio estructural y factores del crecimiento). Dadas las dudas sobre la calidad de los datos de PIB per cápita regional antes de mediados del siglo XX, se podría haber integrado la información recopilada sistemáticamente sobre el Índice Físico de Calidad de Vida, la mortalidad infantil, las estaturas o el Índice de Masa Corporal (éstos dos últimos, puntos fuertes en el programa de investigación de Martínez Carrión) como aproximaciones o complementos de ese medio de otros fines que es el PIB. Después, tendría más lógica la inclusión de los factores del crecimiento recogidos en los capítulos 1 («Un medio físico frágil»), partes del 2 y 3 («La población y el poblamiento», «Los sistemas demográficos»), 5 («La acumulación de capital humano»), 6 («La acumulación de capital físico»), a lo que habría que añadir el punto 4 del capítulo 7 («La eficiencia y la productividad»). Finalmente, podría haberse recopilado la información dispersa en todos los capítulos anteriores y en el 4 («Las migraciones») para abordar en uno singular los cambios estructurales que acompañan y refuerzan el proceso de crecimiento: cambios en la oferta (el punto 4 del capítulo 2: «Los cambios socioeconómicos y el mercado de trabajo», el punto 3 del capítulo 7: «Cambio estructural y especialización productiva», y gran parte del capítulo 4), cambios en el lado de la demanda (de los que hay noticias a lo largo de la obra) y transformaciones socioeconómicas (transición demográfica, urbanización, desigualdades de ingreso y costes ambientales, repartidas por los capítulos 1, 2, 3, 4 y 8).

En todo caso, estos problemas de ordenación con «las estructuras» no empañan el formidable esfuerzo de recopilación e interpretación (con algunas aportaciones originales sobre niveles de vida y costes ambientales del desarrollo), del que se deducen nítidamente los rasgos estructurales (en el sentido de su permanencia en el largo plazo) de la economía murciana, que podrían contribuir a singularizar, en la perspectiva comparativa, su «modelo de crecimiento» (pág. 23). En primer lugar, las fuertes restricciones ambientales derivadas de la fragilidad del medio físico (admirablemente descrito desde una concepción de sustentabilidad fuerte que quizá habría que haber argumentado), y que están motivadas por la escasez de agua y de recursos energéticos. En segundo lugar, el carácter intensivo de la función de producción en mano de obra de baja cualificación, como muestran sus elevadas tasas de natalidad y fecundidad, la ilimitada oferta de trabajo que hasta fechas muy recientes ha determinado saldos migratorios negativos (para el siglo XX, los más altos de España en términos per cápita y que en la actualidad justifica, junto con la fuerte inmigración extranjera sometida a sobreexplotación y las limitaciones del capital humano, ese puesto de cola en los niveles salariales medios), y los bajos índices de alfabetización, escolarización y nivel educativo de la población ocupada, que explican, de paso, la más baja capacidad de innovación y de absorción de progreso tecnológico. Y, en tercer lugar, la vocación productiva agraria que ha constituido la base de exportación de más largo recorrido de una economía muy abierta a los mercados exteriores.

Son estos rasgos estructurales los que deberían haberse resaltado en el inexistente capítulo de conclusiones y del que el autor quizá ha prescindido para evitar alargar en exceso la extensión de la obra. Asimismo, también se echa en falta un índice de cuadros, figuras y mapas, información que, por su riqueza, podría haberse sistematizado en parte

en un apéndice estadístico para usos comparativos. Aunque soy consciente de que es pedir demasiado, una última carencia que se encuentra en el trabajo es la de regresar el cálculo del PIB a alguna fecha anterior a 1955 (*circa* de 1910 es un buen candidato), lo que, dado el conocimiento exhaustivo de la economía regional en ese periodo que se evidencia en el libro y la existencia de un modelo disponible para otra región (el elaborado por Patricio Pérez González para Cantabria), hubiera sido factible y, en cualquier caso, queda pendiente como tema para una futura investigación.

La segunda parte del libro («Las rutas del crecimiento. Las coyunturas», págs. 205-578) parte del supuesto de que la economía regional, salvo episodios muy concretos, conoció un crecimiento acumulativo y sostenido en los dos últimos siglos, «espejo» del crecimiento de España. El discurrir de la economía murciana se divide en siete periodos que, con excepción del primero, presentan una información exhaustiva sobre los distintos sectores productivos (primario e industrial, a los que se añaden al final de la historia servicios y construcción) y una agradable recapitulación final a partir de la cual el lector puede deducir las conclusiones de la segunda parte.

El capítulo 9 («El legado del Antiguo Régimen») plantea la contradicción a la Marx entre lo que supuso a fines del XVIII el desarrollo de las fuerzas productivas y la rigidez de las instituciones (el sistema de derechos de propiedad de la tierra concentrado en pocas manos) en una economía más agrarizada que la del conjunto de la Corona de Castilla y con una agricultura relativamente intensiva que bloqueó, a través de la gran demanda de mano de obra, el surgimiento de actividades rurales protoindustriales. No es casual que por el carácter básicamente agrario de la economía regional se explique la crisis del Antiguo Régimen a la manera clásica (malthusiano-ricardiana), donde el crecimiento de la población provocó la ocupación de tierras marginales ocasionando rendimientos decrecientes en los márgenes intensivo y extensivo, una caída de los ingresos reales de la mayoría de la población y el aumento de las rentas de la tierra que aplastó a los beneficios de la clase que había acumulado capital.

El capítulo 10 («La formación del capitalismo, 1808-1860»), resuelve las contradicciones que acabaron con el «feudalismo tardío» o «desarrollado» por medio del cambio institucional conocido como revolución liberal, cuyas medidas (expuestas magistralmente en su día por Angel García Sanz, cuyo esquema se aplica) produjeron unos resultados que arrojan algunas peculiaridades, básicamente la escasa importancia de la desamortización eclesiástica en lo que se refiere a fincas rurales y lo dilatado del proceso de privatización del monte público, donde el verdadero (a)salto se dio, como en el norte de España, en el primer tercio del siglo XX. Lo más novedoso de este capítulo es el planteamiento de las consecuencias que tuvo el cambio institucional para el nivel de vida de la mayoría de la población al desaparecer la red de asistencia social del Antiguo Régimen y aflorar, con el *boom* minero, que modificó transitoriamente la ventaja comparativa de la economía murciana, la cara más desagradable del crecimiento económico («capitalismo»).

El capítulo 11 («La integración de los mercados, 1861-1913») incide nuevamente en ese proceso de aumento de desigualdades y deterioro del nivel de vida hasta la década de 1890, asociado a la expansión de la minería, que, junto con la agricultura, fueron los sectores pautadores del crecimiento regional liderado por las exportaciones de unos pocos productos primarios. Desde mi punto de vista, uno de los problemas que en este periodo acusó

la región es la separación de la capital provincial (Murcia) de la capital económica (Cartagena, cuya prosperidad se remonta a la creación del arsenal militar en el siglo XVIII), lo que impidió conseguir economías de aglomeración que en otras provincias mineras (como Vizcaya) se alcanzaron y que históricamente ha sido un lastre para regiones como Asturias y Galicia, incluidas hoy, con Murcia, en la España (relativamente) pobre (con un PIB per cápita inferior al promedio nacional). Es evidente que los efectos de arrastre e inducidos por las exportaciones de plomo, hierro y cinc, hubieran sido más intensos si Cartagena hubiera unido a su condición de principal puerto exportador y núcleo industrial, la capitalidad provincial. Pero como no fue así y los efectos «positivos» de las exportaciones de mineral «no perduraron en el largo plazo» (págs. 331, 334) el motor de la economía regional sería, desde entonces, la agricultura intensiva y la industria agroalimentaria.

Es a ésta a la que se dedica el capítulo 12 («La consolidación de la agroindustria, 1914-1935»), centrado en un periodo en el que el agotamiento del ciclo minero fue paliado a duras penas con el desarrollo de la agroindustria de exportación (pimentonera y conservera) basada en la modernización de la agricultura de regadío. El balance no fue demasiado boyante a tenor de los datos demográficos (con una desaceleración del crecimiento de la población, caso único en toda España, y un cambio radical de signo en el saldo migratorio hasta entonces positivo) y de los indicadores de bienestar disponibles. El diagnóstico del autor achaca la distancia entre el crecimiento real de la región y el crecimiento potencial a las desigualdades en la distribución de la renta y la riqueza, que, aunque disminuyeron respecto a los niveles de mediados del XIX, siguieron siendo muy elevadas en el contexto español, ofreciendo un contraste interesante (que, sin embargo, no se explora) con la vecina Valencia. El liderazgo que Murcia alcanzó a nivel nacional en una industria fuertemente exportadora como era la conservera debe, creo, matizarse, ya que en modo alguno fue suficiente para situar el coeficiente de intensidad industrial en las cotas que alcanzó La Rioja, región que duplicaba con creces el número de establecimientos conserveros y de fábricas de hojalata por habitante de Murcia antes de la Guerra Civil y que tenía un grado de mecanización muy superior al liberarse de las restricciones energéticas, que, por el contrario, siguió padeciendo la región del sudeste. Teniendo en cuenta la estacionalidad del empleo en la conserva, los bajos salarios derivados de la utilización preferente de mano de obra femenina, y el minifundismo empresarial, no es de extrañar que sobre este frágil aparato productivo fuera imposible sacar del atraso económico a la región, lo cual dibuja un panorama de «prosperidad aparente» (pág. 421).

El capítulo 13 («La fractura del crecimiento, 1936-1956») analiza el proceso de ocupación de tierras durante la Guerra Civil (lo que permite descubrir la existencia de multifundismo, o latifundismo fiscal), la regresión económica del primer franquismo (ruralización de la población activa, con repunte de los cultivos tradicionales, retroceso tecnológico en la industria y desarrollo de industrias sustitutivas de importaciones de bienes inferiores, como las manufacturas de esparto), confirmada, una vez más, a escala regional, y los costes sociales de la política autárquica en términos de bienestar absoluto (caída de los salarios reales, deterioro cuantitativo y cualitativo del consumo alimenticio, reducción de la talla media, que no recuperó el nivel de 1936 hasta 1956) y relativo (aumento de las desigualdades), aunque se pasa de puntillas sobre el vivo debate actual de por qué disminuyó drásticamente la mortalidad infantil (y en consecuencia aumentó la esperanza de vida) en los años cuarenta.

Es tal la importancia que se concede a la restricción energética como limitante del crecimiento a largo plazo en el libro, que el capítulo 14 («De la expansión a la crisis industrial, 1957-1985») se inicia, no con el Plan de Estabilización de 1959, sino con la puesta en funcionamiento de la central térmica de Escombreras en 1957, con la que se superó esa restricción, si bien el cambio de gobierno y la entrada de los tecnócratas entonces justifica en parte el inicio de la cronología, que abarca los años del desarrollismo franquista y la crisis económica durante la transición a la democracia. El primer periodo es descrito por el autor como de «crecimiento económico engañoso» (pág. 477) por su carácter no sostenible (con impactos ambientales muy graves en todos los sectores productivos: agotamiento de acuíferos asociados a la agricultura intensiva, colmatación de la bahía de Portman por los vertidos minerales, calificado como «el mayor desastre ecológico del Mediterráneo», contaminación del agua y del aire por la industria, y destrucción del litoral con el desarrollo del turismo), por las desigualdades sociales y espaciales que, junto con lo anterior, contribuyeron al «notorio deterioro» de la «calidad de vida» (pág. 480), y porque, pese al indudable proceso de convergencia con la media nacional (de hecho, la región fue la segunda de mayor crecimiento, tras Castilla-La Mancha en 1960-1975), Murcia siguió situándose a la altura de 1975 en la España pobre, relativamente agrarizada. Precisamente, gracias a su carácter de región más agraria, compatible con el intenso proceso de cambio estructural que tuvo lugar en el periodo del desarrollismo, la crisis económica afectó menos a Murcia que a las regiones de vocación industrial (la tasa de crecimiento del PIB per cápita duplicó con creces la media nacional en 1975-1985, con un crecimiento de la población que se situó en esta etapa a la cabeza de España). La puesta en funcionamiento del trasvase Tajo-Segura (que empezó a funcionar para la región en 1979) tuvo sin duda mucho que ver en esa atenuación de la crisis, aunque la mirada del autor se fija nuevamente en los costes ambientales (la pregunta, en todo caso, sería ¿cuál habría sido la actuación de la economía murciana sin ese «crecimiento salvaje de los regadíos» y de la aportación de la industria agroalimentaria inducida, que representaba el 31 % del VAB del sector industrial regional en 1985?).

El capítulo 15 y último («La integración en la Unión Europea, 1986-2000») se plantea a modo de colofón. En este periodo la economía murciana creció por debajo de la media nacional, y ello pese a las ayudas derivadas de su inclusión en el objetivo 1 y las inversiones estatales en infraestructuras. Parte de esos resultados tienen que ver con los rasgos estructurales, que ahora se recuperan como elementos explicativos del atraso relativo, y entre los cuales está la deficiente acumulación de capital humano que se suple con más mano de obra en actividades de baja cualificación, que son las que tiran del PIB regional: industria agroalimentaria, construcción y servicios personales. El otro rasgo, revelado a la largo del análisis diacrónico, y que se incorpora como tal en forma de reto a superar, es la desigualdad en la distribución de la renta, lo cual, aunque no se diga, es coherente con el fenómeno anterior.

En cualquier caso, haber logrado identificar ambos problemas con el fin de atajarlos y revelar las cada vez mayores restricciones ambientales del entorno (en su doble función de reserva de recursos naturales escasos y de sumidero de vertidos), son los principales hallazgos que aporta la modesta proposición del autor, tras su monumental ejercicio de economía aplicada, a los que tienen que tomar decisiones. Sólo por eso el interés de este libro supera las fronteras eruditas de nuestra disciplina y se sitúa en el campo de juego al

que debemos acudir para participar. Por sus múltiples cualidades la *Historia Económica de la Región de Murcia* constituye una guía y un modelo para las investigaciones regionales que esperan en un futuro próximo el esfuerzo de los historiadores económicos.

Es una llamada de atención para situarnos en uno de los debates relevantes en los que, por fin, no tenemos que traer cogida nuestra aportación con alfileres. Porque, justamente, el análisis a largo plazo del crecimiento económico, la esencia de esta disciplina que no es ningún lujo innecesario como muestra el trabajo de de Martínez Carrión, es lo que nos puede dar la posición de ventaja competitiva para abordar los problemas del más inmediato presente y que son los que, al fin y al cabo, interesan a quienes nos pagan.

RAFAEL DOMÍNGUEZ MARTÍN